

La Corona de Aragón en el Mediterráneo

(Siglos XIII-XV)

RUBÉN SÁEZ ABAD



ÍNDICE

Muret (1213). La batalla que lo cambió todo	9
Mallorca, el primer hito en el camino (1229)	11
El proyecto de conquista	11
La reunión de la fuerza expedicionaria. Sus integrantes	16
Partida de la expedición y primeros enfrentamientos en territorio mallorquín	19
El asedio de Madina Mayurqa	25
Última resistencia en las montañas	35
La conquista de Menorca e Ibiza	38
El testamento de Jaime I	39
La conquista de Sicilia (1282-1302)	43
El continente en vísperas de la guerra	43
Sicilia se levanta en armas contra Carlos de Anjou	47
Pedro III entra en escena	58
La guerra se extiende a Calabria (1282-1284)	69
La cruzada francesa contra la Corona de Aragón (1285)	91
Entre las armas y la diplomacia (1286 - 1294)	124
De Anagni a Caltabellota (1295 - 1302)	148
Los almogávares en Oriente (1302-1311)	175
El Mediterráneo a principios del siglo XIV, un escenario complejo	175
La Gran Compañía en Constantinopla	181
Primeros enfrentamientos en Asia Menor	183
La hora de la venganza	211
Apogeo y decadencia de la Compañía	228
La conquista del ducado de Atenas	249
El día después de la conquista del ducado de Atenas	254
La conquista de Cerdeña (1323-1325)	259
Las potencias europeas en vísperas de la conquista de Cerdeña	259
Comienza la intervención aragonesa en Cerdeña	261
Cerdeña se rebela contra Jaime II	299
Un conflicto sin resolver	311

Pedro IV y sus hijos, un periodo decisivo	317
La reintegración de los dominios del rey mallorquín	317
Cerdeña y Génova, dos problemas heredados	322
Pedro IV en Cerdeña	332
Los hijos pródigos se reintegran en la Corona de Aragón	344
Campaña del rey de Sicilia en Cerdeña	356
La complicada sucesión de Martín I	360
Alfonso V y la conquista de Nápoles (1419-1443)	365
Cerdeña, la sumisión final de los rebeldes	365
El reino de Nápoles en una encrucijada	370
Comienzo de la presencia aragonesa en Nápoles (1419-1423)	371
Alfonso V en la Península: los años de espera (1424-1431)	403
De regreso a Nápoles (1432-1435)	408
A la conquista de Nápoles (1436-1443)	425
El día después. Un conflicto no cerrado	456
Cronología	469
Bibliografía	491



MURET (1213). LA BATALLA QUE LO CAMBIÓ TODO

Pocos acontecimientos militares han resultado tan trascendentes para la Historia de Aragón como lo fue la batalla de Muret. La muerte de Pedro II en este choque se vería acentuada por la minoría de edad de su hijo, el infante Jaime, que se encontraba en poder de Simón de Monfort, el vencedor del enfrentamiento. En último extremo, y gracias a la mediación del Papa, el infante Jaime sería devuelto a Aragón para acabar siendo coronado rey.

Pero, más allá de la pérdida del soberano aragonés, Muret marcó el comienzo de la dominación francesa sobre Occitania y el final de la expansión aragonesa por la región. Hay que tomar en consideración que Pedro II había conseguido que le prestaran vasallaje los condados de Tolosa, Foix y Comminges, dependencia que se esfumó con su muerte.

Una vez frenado el expansionismo aragonés por el Sur de Francia, la Corona de Aragón, personificada en Jaime I, centraría a partir de entonces sus esfuerzos en continuar con la reconquista del territorio peninsular que le había sido asignado en sus acuerdos con el rey de Castilla. Al mismo tiempo, también pasó a reorientar su política expansionista hacia el Mediterráneo.

Así pues, resulta sorprendente que en poco más de dos siglos, Aragón pasara de ser un reino descabezado, tras la muerte de su rey, a convertirse en la potencia hegemónica del Mediterráneo. Fueron dos siglos de constantes enfrentamientos con todas las naciones con intereses en el Mare Nostrum, sucediéndose los choques armados y las respectivas paces con todas ellas, tratando de exprimir al máximo los triunfos logrados y de minimizar las derrotas cosechadas. Ésta es la historia de cómo un pequeño reino peninsular se convirtió en el dueño y señor de un imperio allende los mares.





MALLORCA, EL PRIMER HITO EN EL CAMINO (1229)

EL PROYECTO DE CONQUISTA

La conquista de las Islas Baleares había sido uno de los principales objetivos militares de los reinos cristianos peninsulares ya desde el siglo XII dado el considerable valor geoestratégico que atesoraba el archipiélago. Pero, no sólo los soberanos aragoneses habían puesto sus miras sobre ellas, sino que también lo hicieron las ciudades italianas. Muchas de ellas, caso de Pisa o Génova, habían hecho descansar buena parte de su economía sobre el comercio, contando con considerables flotas destinadas a llevar a cabo sus transacciones comerciales. En el caso del Común pisano, había participado activamente en algunas de las operaciones militares que se habían desarrollado en la Península, aportando no sólo considerables contingentes navales, sino también contingentes terrestres de apoyo.

Incluso la plaza de Mallorca había sido ocupada por los pisanos de forma efímera en el año 1115. Sin embargo, los musulmanes no tardarían en recuperarla de nuevo tras el lanzamiento de una poderosa contraofensiva. A la rápida pérdida contribuyó la lejanía de la isla con respecto a la metrópoli, lo que dificultaba el sostenimiento de un contingente militar de la suficiente consideración como para garantizar su conservación. El hecho de que se produjera la conquista pisana, y rápidamente su reconquista de nuevo, ya resulta un detalle indicador de la importancia que concedían, tanto cristianos como musulmanes, a su posesión.

La campaña de conquista pisana desarrollada sobre Mallorca había respondido más que a un interés por la posesión de este valioso enclave, que también lo había, a un intento de neutralizar la piratería mallorquina. Todos los navíos mercantes cristianos que operaban por el Mediterráneo occidental se veían constantemente amenazados por la guerra de corso practicada por las naves musulmanas que operaban con base en las Islas Baleares. Para



ciudades como Pisa, donde el comercio desempeñaba un papel fundamental para su economía, resultaba de la máxima importancia eliminar tan molesto elemento perturbador.

Desde el comienzo de su reinado, y una vez sofocadas las revueltas nobiliarias acaecidas durante los primeros años de gobierno, Jaime I pasó a conceder una prioridad máxima a la reconquista de los territorios que todavía permanecían en poder musulmán dentro de su órbita de influencia. Ello incluía tanto a los dominios valencianos como a los insulares baleares. No obstante, los intereses para la intervención en ambos territorios resultaban muy diferentes entre sí, a causa de sus peculiares características geográficas, estratégicas y económicas.

En primer lugar, las posibilidades que ofrecía el territorio valenciano eran considerables, pudiendo servir para que los vasallos de Jaime I dispusieran de nuevas tierras donde poder asentarse. También para que la nobleza gozara de nuevos feudos que regir, lo que llevaba a que la conquista de Valencia resultara la opción preferida para los magnates aragoneses al entenderse como una prolongación de la reconquista del territorio turolense en dirección Sur. La riqueza del territorio valenciano había llevado incluso al rey Fernando III de Castilla a intentar apoderarse de parte de las zonas que habían sido



reservadas previamente para el monarca aragonés en los acuerdos rubricados entre aragoneses y castellanos.

Por otro lado, la conquista de las Islas Baleares era la opción por la que se inclinaban, preferiblemente, los comerciantes catalanes y provenzales, debido a motivos de diversa índole. En primer lugar, los mercaderes musulmanes mallorquines constituían una severa competencia para ellos. Y, en segundo, el archipiélago se había convertido en lugar de refugio de los buques corsarios que operaban por la región, así como en una base de apoyo clave para las razias de los piratas norteafricanos. Desde territorio mallorquín se veía dificultado el comercio de los navíos cristianos con el Norte de África, pero también con el resto de los enclaves del Mediterráneo central. Éste había sido uno de los principales motivos, como ya se ha apuntado arriba, que había empujado a los pisanos a principios del siglo XII a lanzar la campaña de invasión que derivó en la efímera conquista de la isla.

Pero, ese era tan sólo uno de los múltiples motivos por los que el rey de Aragón deseaba hacerse con el control del archipiélago balear, siendo otros muchos los factores que entraban en juego en el complejo contexto geopolítico del momento. Las Islas Baleares tenían un papel de primer nivel desde el punto de vista comercial, al constituir una base avanzada

clave con respecto al Mediterráneo central, tanto para el establecimiento de rutas comerciales con Cerdeña o Sicilia, así como con el Norte de África. Aquel que controlara el archipiélago balear también vería facilitados los intercambios comerciales con la Península italiana e incluso con lugares tan alejados como Siria y Alejandría, punto de partida de las rutas comerciales hacia Oriente.

El momento para acometer la conquista del archipiélago parecía el más idóneo a finales de los años 20 del siglo XIII. La derrota del ejército almohade en la batalla de Las Navas de Tolosa (1212) había marcado un punto de inflexión en el enfrentamiento entre musulmanes y cristianos en la Península, así como en el proceso reconquistador. La mayor parte de los territorios musulmanes que pudieron sobrevivir a la debacle a partir de entonces vieron muy mermadas sus capacidades combativas. Todos ellos empezaron a arrastrar severos problemas de cara a hacer frente a los reinos cristianos del Norte.

Más allá de los motivos de índole económica, que debieron ser sumamente importantes a la hora de que Jaime I se decidiera a abordar la conquista de las Baleares, también entraron en juego factores políticos en clave interna. El monarca aragonés necesitaba restablecer el orden dentro del Reino de Aragón y del Principado de Cataluña con el fin de poner fin de forma definitiva a las revueltas nobiliarias que se habían prologado desde el comienzo de su reinado. Una empresa exterior se antojaba el mejor argumento para conseguir aunar los intereses de los principales magnates aragoneses y catalanes, haciendo que volcaran sus esfuerzos en una campaña contra los musulmanes.

Ahora que han quedado esbozados los múltiples motivos que se entrecruzaban en la decisión de intervenir en las Islas Baleares, Jaime I tan sólo necesitaba un *casus belli* para justificar su intervención. Tanto las fuentes cristianas como las musulmanas insisten en que el factor que terminó por motivar la campaña cristiana sobre el archipiélago fue una serie de incidentes de piratería llevados a cabo por las naves musulmanas de Mallorca durante el año 1226.

El cronista Bernat Desclot explica que naves de Tarragona apresaron una embarcación de transporte musulmana en aguas de Ibiza. Como represalia, el valí de Mallorca, Abu Yahya, ordenó aprehender una nave barcelonesa que se encontraba en aguas mallorquinas y que regresaba procedente de Bujía. Pocos días después correría idéntica suerte otra nave barcelonesa que hacía la ruta Barcelona-Ceuta y que fue apresada por galeras armadas en Ibiza por orden del dirigente mallorquín.

Cuando en Barcelona se conoció lo sucedido, se armó un gran revuelo y fueron varios los magnates que acudieron al rey Jaime I para pedirle que enviara emisarios a Mallorca en solicitud de la restitución de las naves capturadas. Según Desclot, Abu Yahya pidió consejo a los comerciantes genoveses y pisanos establecidos en Mallorca. Éstos, guiados por su interés en mantener la exclusividad del comercio balear frente a los catalanes, le recordaron al

dirigente mallorquín que Jaime I había fracasado en el asedio de Peñíscola, por lo que no debía temer nada del rey aragonés. Sin embargo, parece poco creíble este último extremo. En todo caso, los actos de piratería constituirían únicamente un factor coyuntural, aprovechado por el monarca aragonés para declararle la guerra al valí mallorquín y contar con la justificación moral que avalara la intervención.

Los primeros pasos de cara a la campaña se dieron en el mes de diciembre de 1228. En las Cortes del Principado de Cataluña celebradas en Barcelona se abordó la cuestión de la expedición a las Islas Baleares, aunque seguramente ya había sido decidida de antemano. Los representantes de la Ciudad Condal le ofrecieron al rey su colaboración para la expedición en el caso de que el destino elegido fuera el archipiélago. También la Orden del Temple mostró su disposición a sumarse a la empresa que comenzaba a gestarse, así como la mayor parte de los magnates catalanes. Estos últimos se comprometieron a colaborar con la campaña, proporcionando diversos contingentes de caballería y de infantería en función de sus recursos.

Teniendo en cuenta que se presumía que los gastos derivados de la expedición resultarían cuantiosos, en las Cortes también se acordó el cobro del impuesto de *bovaje* en los dominios de la Corona. Por otro lado, y ya en clave interna, se firmó un tratado de *Paz y tregua* en todo el Principado de Cataluña con el fin de evitar que se pudieran producir enfrentamientos durante la ausencia del rey y de los nobles catalanes de la Península. A cambio de sus servicios, Jaime I se comprometió a que todos los participantes en la campaña recibirían como compensación dominios en territorio mallorquín. Su cuantía y extensión sería proporcional al apoyo prestado en las operaciones de conquista.

Para dirimir esta cuestión, el rey aragonés se comprometió a nombrar una serie de magnates que serían los encargados de proceder al reparto de las tierras y del botín de acuerdo con el criterio establecido previamente. Los hombres designados para este fin fueron el Maestre de la Orden del Temple, el obispo de Barcelona Berenguer de Palou, el obispo de Gerona, el conde Nuño Sánchez del Rosellón (quien después del rey era el magnate de mayor importancia en la expedición), el conde Hugo IV de Ampurias y los caballeros catalanes Ramón Alamán y Ramón Berenguer de Áger. Completaban la selecta nómina los acaudalados señores de Aragón Jimeno de Urrea y Pedro Cornel.

De cara a completar los recursos necesarios para acometer la empresa, Jaime I solicitó a los mercaderes el préstamo de 60.000 libras aragonesas, comprometiéndose el soberano a su devolución tan pronto se completara la conquista de Mallorca. Sin embargo, se desconoce si se trataba de libras de oro o de plata, lo que variaría notablemente el alcance del préstamo efectuado. En los primeros convenios de Cortes se acordó que sólo pudieran tomar parte en ella los súbditos de la Corona. No obstante, cuando adquirió la consideración de Cruzada, al ser considerada como tal por una bula papal, se terminó haciendo extensiva la participación a todos aquellos que lo desearan.

LA REUNIÓN DE LA FUERZA EXPEDICIONARIA. SUS INTEGRANTES

La convocatoria real para la empresa de Mallorca fue todo un éxito, siendo numerosos los nobles y prelados que aceptaron sumarse a la expedición, contribuyendo con sus bienes y tropas a la formación del ejército que debía llevar a cabo la conquista. Destacable resultó la participación de algunos nobles de la propia familia real, caso de Nuño Sánchez, nieto de Ramón Berenguer IV. Las diferentes fuentes disienten acerca del número de efectivos movilizados por cada uno de estos magnates. Si hacemos caso a ellas, Nuño tomó parte en la campaña acompañado por 100 caballeros. Especial interés tendría la intervención del magnate más importante de todo el Principado, Guillermo Ramón de Moncada. Las crónicas recogen su contribución de 400 caballeros, cifra que a todas luces parece exagerada.

Por otro lado, tampoco debe ser considerada menor la aportación efectuada a la empresa por los miembros del clero. Berenguer de Palou y el obispo de Gerona, Guillermo de Montgrí, procedieron a reunir 100 caballeros cada uno. Igual aportación realizaría el arzobispo de Tarragona, Aspàreg de la Barca. El prelado de Tarragona, Ferrer de Pallarés, proporcionó a la expedición una galera y cuatro caballeros, además de quedar incluido dentro del consejo de guerra del rey Jaime I.

Pero no sólo los nobles laicos y religiosos tomarían parte en la empresa, sino que también muchos hombres libres y ciudades prestaron apoyo económico a la campaña y contribuyeron aportando navíos para el traslado de la fuerza expedicionaria. En cuanto a las ciudades catalanas, serían Barcelona, Tortosa y Tarragona las que realizaron una contribución mayor a la causa. Hay que tener en cuenta que estas dos últimas urbes eran, precisamente, las más perjudicadas por la piratería musulmana que operaba con base en las Islas Baleares. Además de las ciudades catalanas, también merece ser destacada la contribución de las poblaciones de la región de Provenza, especialmente Montpellier, Marsella o Narbona, así como de algunas italianas, caso de Génova.

Muy diferentes serían los apoyos que encontró Jaime I dentro del Reino de Aragón de cara a la campaña mallorquina. En una reunión celebrada en Lérida poco después de que tuvieran lugar las Cortes, las clases populares de las ciudades aragonesas renunciaron a colaborar en la expedición. No obstante, el monarca sí que consiguió que un considerable número de magnates aragoneses aceptara participar en la expedición a título personal, dados los vínculos de vasallaje que mantenían con el soberano. Los leridanos también terminarían participando, en último extremo, a pesar de estar, al igual que los aragoneses, mucho más interesados en la conquista de Valencia que en la de Mallorca.

Finalmente, serían en torno a 200 los caballeros del Reino de Aragón que aceptarían sumarse a la hueste real, cifra nada despreciable en relación con el montante total de fuerzas participantes. Entre ellos ocupaban un lugar destacado, a tenor del número de soldados que movilizaron para la empre-